



X.

VENIDA Á ESPAÑA DE D. CARLOS I.

1517-1525.

Armada.—Nave real.—Se incendia en Santander.—Viaje del infante D. Fernando.—Muerte de Barbarroja.—D. Hugo de Moncada.—Segunda derrota en Argel.—Naufragio.—Combate de Cerdeña.—Desquite en los Gelves.—Toma y saqueo de Génova.—Sitio de Fuenterrabía.—Un Bobadilla corsario.—Embarque del Papa en Barcelona.—Pérdida de Rodas.—Guerra de Provenza.



ORQUE fué coronado emperador de Alemania en sucesión de su abuelo Maximiliano, la historia universal designa con nombre de Carlos V á Carlos de Gante, hijo de Felipe *el Hermoso* y de Juana *la Loca*, que en España fué rey Carlos I. Criado é instruído en Flandes, se hizo proclamar, tomando por vez primera título de Majestad (aunque viviera su madre), así que tuvo noticia del fallecimiento de D. Fernando, y se dispuso á empuñar las riendas del Gobierno.

Era entrado el mes de Septiembre de 1517 cuando tuvo juntas en el puerto de Flesinga tres escuadras, de Holanda, Zelanda y España, con 40 naos gruesas y 12 menores; 52 en junto. El navío real, nombrado el *Ángel*, era de sólida construcción flamenca, y se había dispuesto preparando alojamiento para la infanta Leonor, hermana del Rey, para los altos funcionarios de la corte, y muchos señores agregados al séquito; 300 personas, contados trompetas, músicos y unos 20 arqueros de la guardia.

Se verificó el embarque el 7 de Septiembre, siguiendo á



la falúa real muchos y muy hermosos esquifés, algunos de 26 y 30 remos, que alegraron la despedida al estruendo de las lombardas. El siguiente día se pusieron las naves á la vela, detrás de la Real.

En el orden de marcha hacia cabeza la del almirante de Flandes, Maximiliano de Borgoña, como descubridora; seguía la Real, extendiéndose á retaguardia las otras en forma de cuña, y con independencia navegaban seis zabras, adelantándose á reconocer las embarcaciones avistadas é invitarlas cortesmente ó con el argumento del cañón, á hacer reverencia al Rey, amainando las velas.

El *Ángel* se distinguía de los otros por el estandarte y una bandera cuadra constantemente arbolada, señalándolo asimismo las velas por las pinturas. En la mayor estaba representado un crucifijo entre las imágenes de la Virgen y de San Juan Evangelista, todo ello en medio de la divisa de D. Carlos; las columnas de Hércules y el mote *Plus ultra* en cintas que las daban vuelta. En la gavia aparecía la Santísima Trinidad; en la vela de trinquete la Virgen María con su Hijo en brazos, pisando la luna, rodeada de rayos del sol y teniendo sobre la cabeza una corona formada con los siete planetas; en el velacho el Señor Santiago, patrón de España, matando moros; en la cebadera, bañando en la mar sus piernas colosales, la imagen de San Cristóbal, y en la mesana la de San Nicolás, patrón de los mareantes. Las pinturas eran muy buenas, hechas en las dos caras de las velas. De noche encendía la Real dos faroles en la popa.

La nao del Almirante llevaba arboladas dos banderas; encendía de noche un fanal, distinguiéndola también las velas: en la mayor tenía pintada la figura de un emperador entre las columnas de Hércules.

Antes de salir del puerto se habían pregonado en los navios unas ordenanzas relativas á la navegación y señales, prescribiendo la obligación de pasar por la popa de la Real por la mañana y por la tarde, para hacer acatamiento y recibir órdenes.

Se conocen como primitivas para navegar en conserva, las



que dictó en 1430 el almirante D. Fadrique Enríquez en los momentos de emprender la guerra con Aragón <sup>1</sup>, mas no estando por entonces generalizada la artillería, y siendo referentes á galeras, no menoscaban el interés que las de D. Carlos ofrecen, perdidas las de otro D. Fadrique para la flota de la infanta Doña Juana en 1496, y las tradicionales, que sin duda se tendrían en cuenta, pues que se hace constar haberse formulado las de referencia con consejo de todos los pilotos. De cualquier modo son éstas las que sirvieron de precedente en lo sucesivo á las que los capitanes generales de armada formaban y hacían pregonar á son de bando para observancia durante la jornada, cimentando el sistema seguido hasta la compilación del código naval en el siglo XVIII <sup>2</sup>.

Uno de los criados del Rey <sup>3</sup> escribió relación entretenida de esta travesía, consignando pormenores de la vida de abordó que le maravillaban; las maniobras, el buen viaje, los toques de pito del contraamaestre, el rezo de la salve y letanía, la bitácora, la vigilancia de las luces, la pesca de un golfín, la aplicación del rebenque por estímulo á los marineros perezosos, el miedo de algunos grandes señores y el mal cálculo de los dispenseros, que por obstinación de los vientos contrarios fué causa de no diferenciarse la colación del Rey de la de los grumetes, mas que en la vajilla de plata en que se la servían <sup>4</sup>.

La mortificación de los terrestres duró doce singladuras, empleadas en llegar á la vista de la costa de Asturias, en la cual quiso desembarcar D. Carlos, aunque estaba anunciado el arribo, y le esperaban en Santander. Tomó tierra en Tazones el 19 de Septiembre, y por el interior se fué á Valladolid.

No todos los navíos llegaron tan bien como el Real: uno rezagado en el Canal de la Mancha, excitó la codicia de piratas ingleses, creyéndole trasporte de la recámara. Equivocáronse, porque iba bien armado y les obligó á escapar. Otro

<sup>1</sup> Dirección de Hidrografía, Colección Sans de Barutell, Simancas, art. 3.º, núm. 2.

<sup>2</sup> Copia en el apéndice núm. 8.

<sup>3</sup> Laurent Vital.

<sup>4</sup> Pueden verse los pormenores en mis *Viajes regios*.



varó en los Bancos de Flandes sin consecuencias; con todo, sobresaltado el comendador mayor de Alcántara, que iba abordo, ordenó que le pusieran en la playa con sus criados y maletas, y se vino por Francia á Castilla. Un tercer navío, conductor de la caballeriza, se incendió de noche en las primeras singladuras, pereciendo cuanto llevaba, sin poder socorrerle. Las personas abrasadas ascendieron á ciento sesenta, entre ellas el segundo caballerizo y veintidos pajes del Rey.

La armada se deshizo en Santander, despidiendo las naves; que eran de particulares, embargadas ó tomadas á flete para el caso, según la costumbre del tiempo. Únicamente se retuvo á la Real, *el Angel*, con propósito de que condujera á Flandes al infante D. Fernando, sin contar con que cosa del futuro Cesar no debía tener aplicación á otra persona, si quiera la de un hermano, en sentir de los palatinos. Ocupándose los calafates en reparar las costuras, tuvieron la imprudencia, tantas veces experimentada, de calentar abordo la brea, y sucedió que inflamándose el caldero, se produjo incendio que en pocas horas convirtió en pavesas el bajel.

A su tiempo se juntaron de la costa Cantábrica cinco naos gruesas, una barca y tres zabras, con cuatrocientos infantes de guarnición, en flota que cumplió el objeto, gobernándola, al parecer, como Capitán general, Juan de Lezcano.

Hallábase la Corte en Zaragoza (1518) cuando llegó nueva á D. Carlos cómo Garci Fernández de la Plaza, alférez de la armada que se hizo contra Tremecén, había perseguido á Oruch Barbarroja, fugitivo de la plaza, y dádole muerte en la serranía de Mecenete <sup>1</sup>, suceso que se tuvo por importante,

<sup>1</sup> En la biblioteca de la Academia de la Historia se guarda ms. una *Disertación sobre el verdadero nombre del vencedor ó matador de Aruch Barbarroja y algunas circunstancias inéditas de dicho capitán español, y especialmente de aquel memorable suceso*, por D. Ignacio de Merás Queipo de Llano, año 1796. La disertación sirve de prólogo á un poema heroico en octavas, del mismo autor, titulado *La muerte de Barbarroja*. Según nota puesta á la Crónica de López Gómara (pág. 487), por los años de 1827 se representó en los teatros de la corte una tragedia con título de *Horuc Barbarroja*, escrita por D. José de Merás, hijo del anterior y ciego desde la edad de dos años. En la Historia del Emperador, de Fr. Prudencio de Sandoval, edición de Amberes de 1681, se acompañaron retratos de los dos Barbarroja, grabados en cobre por Gaspar Bouttats.



mientras no vino el tiempo á mostrar que empeoraba los negocios de Berbería. Jeyredin, el hermano, también conocido por Barbarroja, si no de más arrojo que el primero, le aventajaba en inteligencia, acreditándolo en el momento con la determinación de ofrecerse al Gran Turco Selim, como feudatario ó vasallo, que le valió el título y reconocimiento de Bajá de Argel, un refuerzo de dos mil soldados y amplia autorización para alistar genizaros voluntarios. En venganza de Oruch empezó haciendo degollar á los cautivos españoles, y espoleó el despacho de fustas á correr la costa, reuniendo hasta cuarenta, con las que se decidió á combatir á Bona.

Necesario era acudir al remedio de mayores daños, como lo hizo D. Carlos ordenando al virrey de Sicilia que con los cuatro ó cinco mil hombres que en la isla había disponibles, pasara sin tardanza á Argel y destruyera la ciudad <sup>1</sup>.

Don Hugo de Moncada <sup>2</sup>, caballero valenciano, hijo del señor de Aytona, sirvió á las órdenes del Gran Capitán en las guerras de Italia, y acabadas, en obediencia del estatuto de la orden de San Juan que había tomado, anduvo en cruceros

<sup>1</sup> Queda noticia de negociaciones exteriores de aquel tiempo, interesantes á la Marina, por edicto del Capitán general de Cataluña, fecha 28 de Mayo de 1519, haciendo saber en nombre de la reina Doña Juana y del rey Don Carlos su hijo, que habiéndose confirmado la paz y amistad con la excelsa comunidad de Génova, por ciertos capítulos del tratado, se acordaba la suspensión por seis meses de todas las marcas y represalias entre ambas naciones, y que los que las tuvieran habían de hacer liquidación ante la autoridad, así como también los damnificados, para obtener justicia á las reclamaciones. Item, que para lo sucesivo toda nave que saliera de puertos de las partes contratantes, prestaría fianza suficiente de no damnificar. *Academia de la Historia, Colección Sans de Barutell. Aragón*, art. 13, núm. 96. En catalán.

<sup>2</sup> La *Vida del famoso caballero D. Hugo de Moncada*, escrita por Gaspar de Baeza en 1564, vino á publicarse en 1854, inserta en el tomo xxiv de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, por una copia de D. Martín Fernández de Navarrete. Sin conocer el manuscrito, que se creía perdido, escribió otra vida más extensa D. José de Vargas Ponce, acopiando gran número de documentos que la ilustran. Tenía dispuesto su trabajo para la imprenta y estaba autorizada la publicación por el Gobierno de Regencia en 1814, mas no se llevó á cabo. Entre los papeles de su colección existente en la Dirección de Hidrografía se conserva un borrador no acabado de limar. Los documentos se han aprovechado en parte, ocupando casi todo el tomo xxiv citado. Son los de la colección ciento cincuenta y cinco. Se dan también noticias de su trabajo en el tomo xxiii de la *Colección de inéditos*, que trata de los virreyes de Nápoles.



sobre la costa de Africa, persiguiendo corsarios. Por el crédito adquirido le invistió D. Fernando *el Católico* con el virreinato de Sicilia, desde donde cooperó á las jornadas de Pedro Navarro, enviándole recursos ó refuerzos, y cuidando de la defensa de Trípoli.

Al mismo tiempo que á Sicilia, se comunicó orden al conde de Cabra para alistar naves en Cartagena, y recoger en Bugia y en Orán hombres y caballos que se unieran á D. Hugo, titulado por el Rey «Capitán general de la mar» y también «Capitán general del marítimo ejército y conquista de Africa.»

Llevó muy cerca de 5.000 soldados viejos y algunas piezas de artillería de sitio, en 80 velas; desembarcó al amparo del fuerte del Peñón que los nuestros conservaban, formando luego los escuadrones, y tal era el temor de los moros, que si de seguida acometiera como Pedro Navarro solía hacerlo, se hiciera dueño de la plaza, según creencia general. Contentóse con formar campo y escaramuzar, porque un Gonzalo Marino, antiguo en Bugia, Capitán de los 300 caballos que se le agregaron, y Consejero nombrado, atendiendo á su práctica, opinó que debían esperar la llegada del rey de Tremecén, enemigo de Barbarroja, que había ofrecido ayudarles con muchos jinetes. Don Hugo no era de esta opinión, desierta como se vió, porque pasaron ocho días sin que el aliado pareciera, en cuyo tiempo abrió Barbarroja fosos y alzó trincheras, aumentando las defensas de forma que fuera temerario atacarlas con tan poca gente, aunque experimentada; determinó, pues, el reembarco, que se hizo el 24 de Agosto, y aquella noche, un tremendo temporal, tomando las naves al ancla, las arrojó á la playa, sembrándola de despojos. Al amanecer acudieron los alárabes, que se cebaron dando muerte á los que medio muertos escapaban de las olas: la escena partía el alma. Naufragaron 26 naos gruesas, sucumbiendo 4.000 hombres alanceados ó cautivos, desastre de los mayores de Africa, que no causó en verdad el enemigo del nombre español, Barbarroja, pero que resultó en provecho suyo estando en el trance de perderse, proporcionándole además armas, dinero, madera para hacer fustas, cautivos



**Monumento dedicado á Colón y á los hermanos Pinzón  
en Nueva York.**







que poner al remo, y sobre todo, mucha artillería, de que andaba escaso.

No se culpó del fracaso al Capitán general, antes elogiaron la solicitud con que procuraba salvar gente, acudiendo embarcado de una parte á otra, y negándose á los ruegos que repetidamente le hicieron de entrarse en la fortaleza del Peñón. El blanco de la censura fué Gonzalo Marino <sup>1</sup>.

Con las naves que aguantaron sobre anclas marchó D. Hugo á Ibiza á rehacerse y amparar un tanto las costas de España, mucho más castigadas desde que ocurrió el fracaso. En la de Valencia no se vivía; en las de Cataluña, Baleares, Cerdeña, Sicilia, no era escasa la zozobra de ataques á la luz del día por la nube de corsarios dependientes ó aliados de Barbarroja y émulos de sus atrocidades. Sobresalian, Sinán, apellidado el Judío, por sus conocimientos astrológicos; Salé (Salarraez), Cachidiablo <sup>2</sup>, Curdogli, Musliquedin, y—pena da escribirlo—algún que otro español renegado que habían construido galeras por el modelo de las nuestras. En poco tiempo dieron rebato á Badalona, subieron por el Ebro á Amposta, se llevaron barcos de Ibiza, merodearon en Alicante haciendo muchos cautivos; en una palabra, osaron presentarse ante el puerto de Barcelona con 13 fustas estando el rey D. Carlos en la ciudad, sabiendo que quedaria impune el insulto por falta de galeras españolas. Tenían ya naves armadas de toda especie para apresar á las grandes del comercio, entre ellas, una carraca de Ragusa llamada *La Negra*, que al fin quemó D. Alonso Venegas <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> «Fué D. Ugo (escribía López Gómara), á lo que siempre oy decir á muy buenos soldados de aquel tiempo, así italianos como españoles, el más valiente capitán y soldado y de más y mayores partes.» D. Hugo, sin embargo, en carta dirigida al Emperador desde la Capitana, á 14 de Abril de 1520, decía: «El Capitán Gonzalo Marino de Rivera murió á los 9 de marzo pasado, el cual antes de su muerte me rogó escribiese á V. M. suplicando mandase haber por muy encomendada su casa, mujer é hijos, pues moría en su servicio. Y por conocerle yo muy aficionado servidor de V. M., suplico mande sean miradas sus cosas, que demás que sus servicios son dignos de toda merced que se les haga, será en ejemplo de mí y á los que acá estamos.....»

<sup>2</sup> Llamado por los italianos *Cacia Diavolo*.

<sup>3</sup> Sandoval le nombra D. Alonso Granada Vanegas ó Venegas, y así realmente



No es sorprendente, con estos datos, que habiendo salido á la mar D. Hugo de Moncada con ocho galeras, fuerza de consideración, le cortaran el paso los corsarios en la costa de Cerdeña, con una galera capitana y 12 fustas de á 20 bancos. Era de noche, distinguiéndose por las voces los combatientes, que menudeaban con brío los disparos. Don Hugo recibió un flechazo debajo del ojo, á tiempo que su bajel, averiado por la artillería contraria, estaba sin timón. Cuando amaneció, separadas como estaban las galeras, embarrancó en la costa la nombrada *Santa Catalina*, que los moros tomaron, así como también á la *Estrella*; las seis restantes entraron en puerto de la isla para curar la herida del general mientras hora venía de curar «la rota y afrenta», sin priesa <sup>1</sup>. Habiendo llegado nuevas del fallecimiento del emperador Maximiliano y de la elección de D. Carlos para sucederle (1519), lo que le instaba por el momento era acudir á Alemania y arreglar aquellos asuntos sin estorbar á los de Barbarroja, que, con altas y bajas, se hizo señor de Argel, Bona, Túnez, Tremecén, y sobre todo de la mar.

El 20 de Mayo de 1520, antes que amaneciese, embarcó el Rey en la Coruña, donde se hallaba dispuesta armada <sup>2</sup> al

se llamaba. Fué caballero de Santiago, alguacil mayor de Granada y continuo de los Reyes Católicos; tomó á los argelinos tres galeotas en 1498, saliendo de la refriega herido en el rostro; se halló en la conquista de Orán y en la expedición á Argel de Diego de Vera; obtuvo título de Capitán de Armada con fecha 27 de Abril de 1516, y anduvo guardando la costa con una escuadrilla. *Dirección de Hidrografía, Colección de Navarrete*, t. XII, núm. 107. Véase el cap. VIII. En el *Romancero de Durán* figura con el núm. 1.126 uno de Lobo Lasso de la Vega, encabezado, *Don Alonso de Granada Venegas en batalla naval vence al rey de Argel*, y refiere que iba éste sobre Almería con 34 galeras, cuando D. Alonso le cerró el paso con 20. Siguióse batalla reñida, que acabó con derrota de los moros y presa de 12 de sus naves.

«Compró esta victoria cara  
con una herida en el rostro  
que su bravura señala,  
la cual siempre le quedó  
por testimonio estampada.»

<sup>1</sup> Palabras del rey D. Carlos en carta fechada en Molins del Rey á 25 de Noviembre de 1519.

<sup>2</sup> De 100 velas, por noticia del P. Las Casas, *Historia de las Indias*, t. V, pág. 159.



mando de Filiberto de Chalons, príncipe de Orange. Acompañábanle los ministros y señores flamencos con otros de Castilla, que se iban con regocijo, dejando á la triste España cargada de duelos y desventuras <sup>1</sup>. Llegaron en seis días á Dover, donde desembarcó D. Carlos muy obsequiado por el rey de Inglaterra; pasó á Flesinga, hallando alegre recibimiento, y á su ciudad de Gante, en seguida, á preparar las ceremonias de la coronación.

Iba entre tanto D. Hugo de Moncada aparejando en Sicilia una buena armada con que cerrar la madriguera principal de los corsarios, establecida en la isla de los Gelves, que les servía, como siempre, de arsenal, depósito y puerto de refugio, aprovechadas las condiciones del canal que la separa del continente. De Mesina sacó 3.000 infantes, soldados viejos, y hasta 1.000 caballos; en la Faviñana reunió 10.000 hombres más, enviados de España, embarcándolos en 100 naves grandes ó menores, comprendidas las galeras. Con él iba Diego de Vera, que le acompañó en todas las expediciones, con muchos capitanes de crédito. Hecho el desembarco con precaución, avanzó la hueste trabajosamente por la resistencia y recato de los moros; uno de nuestros escuadrones sufrió descalabro, con muerte de 600 hombres; el de Diego de Vera tuvo que retroceder á la playa; D. Hugo fué herido de lanza en un hombro, y hubo momentos en que faltó poco para repetirse la historia lastimosa de D. García de Toledo; mas cedieron al fin el campo los alárabes y el jeque se sometió, declarándose vasallo y tributario del Emperador <sup>2</sup>.

Dejando en sus correrías á los africanos al principiar el año 1521, es oportuno referir que el rey de Francia Francisco I, candidato que fué á la corona imperial, despechado por la elección de su rival, sintió nacer la enemiga que había de

<sup>1</sup> Sandoval.

<sup>2</sup> Muy complacido se manifestó el César de la conquista, elogiándola, confirmando á D. Hugo en el virreinato de Sicilia, haciéndole merced de 10.000 ducados para ayuda de costa, de la tenencia de la fortaleza, como tenía la de Trípoli, y de licencia para curarse de las heridas. Las Cartas se hallan en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. XXIV.



alimentar toda la vida, y comenzó la hostilidad con la invasión de Navarra <sup>1</sup>, aprovechando el estado de perturbación y revuelta en que estaba el país por alzamiento de las comunidades, y á la vez envió hueste á los estados de Milán, avivando la llama de la guerra en Italia. En España se apoderó de Fuenterrabía, plaza fuerte encomendada al capitán Diego de Vera, presente en toda operación militar por entonces. En la Provenza organizó armada de cuatro galeras, cuatro naos, siete galeones y barcos menores con 2.000 hombres, poniéndola á cargo de Pedro Navarro, el insigne marino, el conquistador de Orán, Bugia y Trípoli, que iba á hacer armas contra su patria, alejado de ella desde que fué prisionero en la batalla de Ravena <sup>2</sup>.

El objetivo de esta fuerza era la ciudad de Génova, entonces en poder del bando de los Fregosí, adictos á Francia, y amagada por el de los Adorno, protegido de España. Caminaban para asediarla, por tierra, el marqués de Pescara y Antonio de Leiva, bloqueándola por mar el conde D. Hernando de Andrada, con dos naos, D. Luis de Requesens, general de las galeras de Nápoles, el comendador D. Francisco Icart, capitán de las mismas, y en poco espacio sucumbió, entrando los soldados á saco que les produjo más de un millón en oro <sup>3</sup>. Navarro cayó prisionero en

<sup>1</sup> Ofrece curiosa noticia de los principios de la guerra un edicto del Arzobispo, lugarteniente y Capitán general de Cataluña D. Pedro de Cardona, haciendo saber en 3 de Septiembre de 1521 á sus gobernados que, confiada en la paz existente con Francia, salió del puerto de Barcelona la nao del ilustre D. Ramón de Cardona con efectos de diversos mercaderes, y navegando por la costa, ciertas galeras francesas la apresaron, bienes y personas, lo cual resultaba en daño y detrimento de los propietarios, y *en infamia é ignominia del principado de Cataluña*; por tanto, previa deliberación del Consejo real, decretaba la detención y secuestro de bienes de súbditos franceses estantes en dicho principado. *Academia de la Historia. Colección Sans de Barutell - Aragón*. Art. 14, núm. 138. En catalán.

<sup>2</sup> El rey D. Fernando había hecho diligencias para su rescate, que no lograron éxito. Apunta el Diario turolense de Juan Gaspar Sanchez Muñoz: «En el año 1515 el rey de Francia rescató al conde Pedro Navarro de poder de una duquesa de Francia, que estaba preso desde la batalla de Ravena, en 20,000 ducados, y lo hizo Capitán general de todos los peones franceses.» *Boletín de la Academia de la Historia*, t. XXVII, pág. 27.

<sup>3</sup> Martín García Cereceda, en el *Tratado de las campañas del Emperador*, publi-



manos de Juan de Urbina, que había servido de soldado á sus órdenes (1522).

Con esta victoria, que dejaba muy mal trechos á los franceses en Italia, determinó el Emperador volver á España por contribuir con su presencia á la quietud de los ánimos, todavía alborotados. Convocó para el puerto de Calés 150 naves flamencas y españolas, previniendo intenciones de los enemigos; pasó el mes de Junio en Londres, afianzando los convenios de alianza que tenía hechos con Enrique VIII, tras lo cual embarcó en Dover é hizo el viaje á Santander sin más contratiempo que habersele incendiado un navío, como en el primer viaje.

Sirvióle mucha parte de la armada para bloquear á Fuenterrabía, mientras por tierra la asediaba D. Beltrán de la Cueva, y vinole muy bien el cierre de la mar por tener los franceses dos escuadras: armada en la Rochela una; salida de Burdeos la otra; empeñadas ambas en amparar y sostener á sus compatriotas dentro de la plaza española. Los sitiadores de ésta, con D. Beltrán de la Cueva, habían entrado en Francia asolando á Behovia y San Juan de Luz, corriendo hasta los muros de Bayona; habían establecido luego baterías con que ahuyentaban de la rada á las naves enemigas, bien que para esto les auxilió un temporal que dió en la costa con casi todas ellas, y el resto hubo de rendirse á nuestra armada <sup>1</sup>.

Ocurrieron entre las peripecias de la mar algunas que re-

cado por la Sociedad de Bibliófilos españoles en 1873, especifica haberse dado la batalla porque llegó el conde Pedro Navarro con mucha gente en la flota francesa y se vió que cada día entrarla más por ser más pujante la armada suya que la nuestra. Esa armada les sirvió para salvar la vida cuando los españoles entraron en la ciudad. El cardenal Cisneros, que no olvidaba el proceder de Navarro en Orán, afeó su defección en dos cartas señaladas con los números LXXIV y LXXVIII en la *Colección* publicada por D. Pascual Gayangos y D. Vicente de la Fuente. Madrid, 1867.

<sup>1</sup> Sandoval. Dícese en documento del año 1525: «Siendo informado S. M. que los franceses de San Juan de Luz y toda la tierra de Labort hacían mucho daño por mar en toda la costa de la provincia de Guipuzcoa, mandó que por mar y tierra entrase la gente de esta provincia, como entraron, siendo Capitán general de la gente guipuzcoana Sancho Martínez de Leyva, y cercaron la casa fuerte de Ortru-



cordaban los tiempos pasados de la marina de Castilla. Tres navios franceses rindieron sobre la Coruña otro mercante inglés con buen cargamento. Tres de Cantabria, que venían del Norte, dieron con ellos casualmente, trabándose pelea, que duró más de veinticuatro horas, con porfía indicada por los resultados: muerte de 200 franceses y de 60 vascos, cuyos supervivientes entraron en la Coruña á la presa rescatada y á los tres bajeles enemigos.

Más de notar fué, por las circunstancias del personaje, la jornada hecha entonces á Bretaña. Tuvieron los marqueses de Moya, servidores queridos de la reina Isabel *la Católica* un hijo de las mejores disposiciones, llamado D. Pedro Fernandez de Bobadilla; caballero de Santiago, mimado de la fortuna, se hastió de la vida de corte, decidiendo entrar en un convento de la orden de Santo Domingo. Tampoco se encontró á gusto en el retiro; desapareció, corriendo á poco la nueva escandalosa de andar por la mar con un navío. Don Pedro de Bobadilla, *el cossario*, le llamaron desde entonces, siendo pasto de la conversación la buena estrella que ponía en sus manos ricas presas. No las hacía, por regla general, á sus compatriotas; tan luego como se consideró habilitado, eligió por teatro de correrías el archipiélago griego, con propósito de atacar á las naves ó convoyes de Alejandría<sup>1</sup>. En este ejercicio se hizo poderoso; sostenía escuadrilla de dos carracas, cuatro naves y algunas embarcaciones menores, con unos 800 hombres que adoraban en él, por la franqueza y liberalidad con que los trataba. Tenía á bordo una amiga griega de singular belleza, vestida y alojada con magnificencia y más de una vez, llevado de los instintos caba-

cia y la tomaron, y entraron en la dicha villa de San Juan de Luz y la tomaron y quemaron toda y mataron mucha gente, en la cual jornada por mar y tierra hubo 600 hombres vecinos de la villa de San Sebastián en compañía de la demás gente de la provincia, y muchas azabras.» *Colecc. de docum. histor. del archivo municipal de la ciudad de San Sebastián*. San Sebastián, 1895, pág. 23.

<sup>1</sup> Sin embargo, Herrera en las *Decadas de Indias* (Dec. II, lib. I, cap. XII) dice del año 1515: «En este tiempo andaba D. Pedro de Bobadilla en desgracia del Rey, y con un navio armado tomó una nave del Tesorero de Valencia, y se temía que tuviera atrevimiento en dar sobre los navios que se esperaban de las Indias.»



lherescos, dejó de mano las empresas de rapiña por prestar desinteresado servicio á los hospitalarios de Rodas contra los turcos. Hubo de cansarle también esta carrera, como las anteriores; no era la perseverancia, por lo visto, la condición saliente en su carácter. Acudiendo á Roma se echó á los pies del Pontifice, hecha devotamente confesión general de sus culpas; obtuvo bula absolutoria del Papa Julio II <sup>1</sup>, y otra reintegrándole en el hábito de Santiago, entrando de seguida á servir en las galeras de la Santa Sede, en las que fué sucesivamente Capitán y General <sup>2</sup>. Al romperse la guerra con Francia le llamó el Emperador, movido de su historia, y le encargó el armamento de ciertas naves con que hostilizar al enemigo por el Norte. Lo hizo poco tiempo; sorprendido por un furioso temporal en las costas de Bretaña el año 1521, naufragaron los más de los bajeles y el suyo zozobró sin salvarse persona <sup>3</sup>.

No es de omitir un suceso anterior á la venida del César, íntimamente relacionado con su maestro. A fines de 1521 falleció el papa León X y fué elegido en cónclave Adriano, cardenal de Tortosa y gobernador de Castilla. Habiendo de pasar á Roma, se dispuso en Barcelona para decoroso viaje, una armada de 16 galeras y 30 naos con 4.000 hombres de infantería por escolta <sup>4</sup>.

Otro acontecimiento importante del año, por más que directamente no nos importara, se registró entre los que dejan huella. El Gran turco Solimán cayó sobre la isla de Rodas con poderosísimo armamento, no menor de 400 velas, de ellas 120 galeras y 60 fustas. Presumía que entretenidos como estaban en despedazarse mutuamente los príncipes cristianos,

<sup>1</sup> Datada á 9 de Diciembre de 1511.

<sup>2</sup> En 1518.

<sup>3</sup> Contaron las aventuras de este caballero Pedro Mártir de Angleria, *Opus epistolarum*. Ep. 758.—Fernández de Oviedo, *Quincuajenas*.—Pinel y Monroy, *Retrato del buen vasallo*, lib. III, cap. 1.

<sup>4</sup> No conforman en el número de naves y de soldados las relaciones: los del texto constan en documento de la *Colección Vargas Ponce*, Leg. 1, núm. 37, en que se agrega que partió Su Santidad en la galera de D. Luis de Requesens y tocó en Tarragona por el mes de Julio.



no se cuidarían de lo que pasara en el fondo del Mediterráneo, como sucedió, cometiendo gravísimo error político. Rodas había sido antemural de Europa durante doscientos años, con grande honra y riqueza, cerrando á los turcos el acceso al Mediterráneo, si con pocas galeras, armadas con tanto cuidado, que no había ninguna superior. Envió el Gran maestre petición de socorro á todos los soberanos; por pequeño que se lo enviaran se hubiera hecho fuerte como se sostuvo contra semejante nublado en 1480. Viéndose atendido á los propios recursos, resistió durante seis meses el asedio, contando con 5.000 hombres de armas tomar, naturales de la isla, 600 caballeros de la religión de San Juan y los respectivos criados. Hicieron enorme matanza en los turcos; tenían, sin embargo, que sucumbir al número y capitularon, agotados los víveres, quedando vivos el Maestre, y unos ciento de aquellos cruzados. El Emperador les donó poco después las islas de Malta y Gozo, y la fortaleza de Trípoli, sin reparar el daño más que en parte, por el tiempo que tardaron en reorganizarse y en fortificar la estancia, y porque ésta ocupaba una situación muy diferente <sup>1</sup>.

Poca cosa notable ofreció la campaña marítima en los años siguientes, firmada la alianza del Papa, Venecia, el Emperador, su hermano el Archiduque, Enrique VIII de Inglaterra y el duque de Milán contra Francia (1523). Tenía esta nación en Marsella ó en las inmediaciones armada de 10 galeras y varias naos, á cargo de Andrea Doria; el Emperador juntó 14 de las primeras, contando las cuatro de la costa de Granada de Rodrigo Portuondo, nombrando Capitán general á don Hugo de Moncada. Como las fuerzas estaban equilibradas, unas y otras esquivaban el encuentro, limitándose á auxiliar las operaciones de los ejércitos respectivos en la costa. Las españolas tomaron á Saona y á Oneglia; hicieron bastante

<sup>1</sup> Constan los pormenores del sitio en la obra titulada *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar castellano, y puesta por mejor modo que en el latin estaba*, por el bachiller Cristóbal de Arcos, clérigo cura de la santa iglesia de Sevilla. Sevilla, 1526. Hay otras ediciones posteriores.





daño en Provenza; tuvieron en favor el naufragio de la capitana de Doria, del que solamente se salvaron 33 hombres.

En 1524, arrojados los franceses por completo de Italia y recuperada en España la plaza de Fuenterrabía, invadieron los imperiales á Provenza, puesta la vista en Marsella. Don Hugo ayudó á la toma de Tolón; destruyó un castillejo en la isla de Santa Catalina; tomó algunas presas escaramuzando con escasa ventaja; perdió en cambio tres galeras, dos genovesas y una suya, que llevando artillería al ejército, tuvieron que embarrancar en Antibes, incendiándolas los soldados para que no cayeran en manos francesas. Doria tomó 14 naves cargadas de trigo en Sicilia, una carraca armada de D. Ramón de Cardona, y por pieza de más valor, un bergantín en que se dirigía al campo de los imperiales el príncipe de Orange <sup>1</sup>.

El sitio de Marsella no prosperó; conocieron los generales la inutilidad del tiempo que emplearan en asaltarla, acordando volverse á Italia, como lo hicieron pausadamente. Doria tomó entonces la ofensiva en la mar habiendo aumentado su flota hasta 40 velas, mientras que la de España, desatendida en absoluto, sin pertrechos, sin raciones, sin pagas por supuesto, hallábase en estado en que apenas se concibe como podía mantenerse y prestar servicio. Volvieron á tomar los franceses, por tanto, á Saona, saqueándola como si fuera de infieles y se llegaron á la boca misma de Génova detrás de la escuadra española, que tuvo que retirarse, después de caer prisionero D. Hugo de Moncada en intento de un golpe de mano, para el que desembarcó con algunas compañías. Rodrigo de Portuondo protegió la retaguardia haciendo rostro á las galeras francesas con relativa suerte, pues que no se perdieron de la flota más de cuatro carracas.

<sup>1</sup> La narración de García Cereceda en las *Campañas del Emperador* varía bastante de las otras. Iba el ejército por la Provenza y D. Hugo de Moncada conducía la artillería que había embarcado en Saona. Al doblar la punta de Antibes encontró á la flota francesa de 10 galeras y tres galeones, muy superior á la suya; tomó la vuelta de Niza, mas fué alcanzado; perdió una galera que se fué á fondo; otra, muy maltratada de la artillería, embarrancó en tierra y fué defendida por los arcabuceros del ejército. En Tolón se apoderó D. Hugo de una galera, un bergantín y barcos menores.

